



Un aspecto de la fábrica Roca Umbert, incendiada

Por parte de los que activamente luchaban por la causa nacional, la guerra fué desde el principio una verdadera Cruzada, y combatientes, retaguardia, mujeres, todos, desde el Caudillo y sus Generales, hasta los viejos y niños de la última aldea, todos luchaban y trabajaban por Dios y por España; la unidad espiritual entre ellos que luchaban y trabajaban sin descanso, con heroísmos sin cuento, y nosotros, que sufríamos en las checas y moríamos en las cunetas era absoluta. Dios y España unían nuestros sacrificios y nuestros anhelos; Dios y España nos daban un impulso irresistible: a ellos para luchar; a nosotros, para sufrir y esperar.

Un miliciano de la tristemente célebre Columna de Hierro, formada por los presidiarios de San Miguel de los Reyes, y que tanta muerte y desolación causó en tierras valencianas, se quejaba una vez de que el Gobierno rojo sólo les enviaba chiquillos para luchar. Pero entre los requetés ¿no

hay también chiquillos? —le preguntó alguien—. Si —contestó el miliciano—, pero los requetés luchan por un ideal y por él luchan como leones.

No hemos de repetir cuál es ese ideal.

¡Pero cuánta ruina!, ¡cuánto desastre. Es verdad. Ruina material y ruina moral. Ruina de fábricas, puentes, edificios, haciendas y vidas; y ruina de conciencias y costumbres. No se conoce otra semejante en la historia moderna.

Confesemos que lo necesitábamos; esas ruinas materiales y hasta las morales nos eran del todo necesarias para nuestra redención. Ya he dicho que sin dolor no hay lucha y sin lucha no hay victoria. Lamentándome ante un benemérito religioso de que el General Martínez Monje no secundase el movimiento en Valencia, desarticulizándolo así en Levante, me contestó: No diga eso, Padre. La guerra hubiese durado ocho días, y así no hubiera tenido en los planes de Dios la eficacia que tendrá ahora. En Madrid y en



Otro aspecto de la fábrica Roca Umbert, incendiada



Una de las cuadras de la fábrica de Roca Umbert, completamente incendiada

Guadalajara estuvo a punto de terminarse; un contratiempo lo estorbó; será larga, todo lo larga que la Providencia disponga para que el cambio de todos sea radical y así resulte posible una España nueva. En ocho días hubiese habido un cambio de Gobierno; pero no un cambio de la nación. Hay que advertir que sobre aquel religioso pesaba una acusación del Fiscal, que pedía para él la última pena.

Es el dolor y el dolor prolongado y duro el que nos ha de obligar a reaccionar para que seamos todos muy otros de lo que éramos antes de la guerra.

Las ruinas en manos de Dios son como el sepulcro de Jesucristo: envuelven la muerte, los restos, los despojos, los escombros; pero allí está el germen de la restauración, de la resurrección, de una vida nueva; y eso es lo que hemos de buscar, a eso hemos de aspirar.

Por otra parte, somos los hombres muy versátiles. ¡Qué pronto olvidamos lo de ayer y nos conducimos como si nada